

digo nó, el Nuncio no; pero que se encargue el pregonero. Y si me replicaba algo, le hubiera dicho; caballero, más le valía á usted estar en su casa como Dios manda, sin meterse en camisa de once varas, y no andar revolviendo el pueblo y levantando de cascos á los que tienen más seso que usted. A usted ¿qué le vá ni le viene en que el loco de Juan se haya metido en ese berengenal, para que quiera usted meterse en otro mayor? Y sobre todo, ¿á mí qué me viene usted con canciones, caramba!

Pero buen cuidado ha tenido de no ponerse al alcance de mi vista, si no enviarme al tío Cosme, con el que no me podía desahogar, claro... El tío Cosme me hubiera dicho: yo ya he cumplido con decírselo á V.; á usted le toca lo demás, y que cada palo aguante su vela. Pero el caso es que los otros aguantan, cuando más, una candelilla, y á mí siempre me toca un cirio. ¡Caramba con los mozalbetes sin juicio, y que lo haya de venir á pagar un viejo!

Y D. Cirilo andaba unos pasos, y se detenía de pronto exclamando:

¡Válgame Dios, y á dónde le lleva á uno este pícaro génio! ¿Pues no pensaba hace poco que Luis, que vale tanto como pesa, es un atolondrado sin pizca de juicio que se mete donde no lo llaman?

Si lo que está haciendo es un acto heroico, que debía escribirse en letras de oro... y que merecía un abrazo. Y se lo hubiera dado; vaya si se lo hubiera dado, caramba! de todo corazón, y habría sido de la partida... Es decir, de la partida no, porque ya no sirve uno mas que de estorbo; pero si hubiera tenido unos años menos, no andarían ellos sin este cura por esos montes, en vez de llevar estas comisioncitas, que al más pintado se las regalo. ¡Caramba con las embajadas que le han de tocar á uno....!